

MUJER QUE SABE GRIEGO...*
(A los 140 años del nacimiento de Laura Mestre Hevia.)

“Como las hojas de los árboles en el otoño, así caen las palabras cuando falta la idea que les dio el ser, y otras las sustituyen, prosperando el árbol si se traslada a terreno propicio”¹, asevera Laura Mestre. De este modo el conocido símil homérico encuentra, al reinterpretarlo, resonancia en el humano campo del lenguaje, al tiempo que ilustra la compleja relación entre lengua y literatura en cuanto argumenta su convicción de que la lengua de Cervantes se torna expresión propia y renovada en la literatura cubana.

Pero, la sombra homérica, evocada por Mestre, también parece darnos respuesta cuando nos interrogamos sobre términos como humanismo, humanidades, o estudios humanísticos, cuyos márgenes se han ampliado tanto que pocos recuerdan su vínculo con un ideal de formación cultural y espiritual que parte del conocimiento de los clásicos grecolatinos y que la escritora estimaba tan necesario en la base de la educación de las nuevas generaciones. Con esta definida convicción, pero también sin prejuicios puristas, tradujo con tenaz empeño los poemas homéricos, usó sus versiones de Píndaro y otros líricos en medio de comentarios destinados a suscitar su debido aprecio y, sin descuidar a los modernos, estructuró sus libros, aunque solo llegó a publicar los dos primeros: *Estudios Griegos* (1929) y *Literatura Moderna* (1930).

Defendía Mestre abiertamente –frente a las convenciones sociales de la época que hacían del matrimonio y la sumisión femenina el único destino posible– la independencia y realización de la mujer mediante el cultivo de las letras, las ciencias o el arte, de modo que con su labor contribuyera al prestigio de su suelo natal². Buscaba, por tanto, servir a su patria con sus disertaciones, narraciones y traducciones, posiblemente sin percatarse que con estas últimas se hacía eco de una tradición humanística iniciada casi un siglo antes de que, refugiada en su casa, después de la muerte de su padre y su frustrado intento de abrirse paso como directora de un colegio, se dedicara a su callada y paciente tarea.

* Discurso de ingreso leído en sesión plenaria y pública en el Aula Magna del Colegio San Gerónimo el 23 de octubre de 2007, para ocupar el sillón de la letra E como académica de número.

¹ Laura Mestre. “Sobre el lenguaje y la novela”. En: *Literatura Moderna*. La Habana, Imp. “Avisador Comercial”, 1930, p. 88-9.

² Entre la obra manuscrita y no editada de Laura Mestre que se encuentra atesorada en los fondos del archivo del Instituto de Literatura y Lingüística, en La Habana, se encuentran numerosas “disertaciones”, como ella las llamara, y notas. Una de ellas es “Talentos malogrados”, a la que aquí hacemos referencia. En todos los demás casos en que haga referencia a escritos de la autora, en lo adelante, ha de considerarse la misma fuente, a menos que se exprese lo contrario.

Si bien las primeras noticias sobre la historia de la educación en Cuba, se confunden con aquellas sobre el estudio del latín, como era de rigor en el siglo XVI³, y en 1728 se dé un paso significativo con la fundación de la Universidad de La Habana, entonces Real y Pontificia, no es hasta finales del XVIII en que, después de iniciar sus labores académicas el Seminario de San Carlos, junto con las inquietudes de una naciente consciencia de nacionalidad, aparecen las primeras preocupaciones por la forma en que se enseña y se aprende la lengua latina⁴, mucho más a tono con el ideal enarbolado por el humanismo que con el rechazado escolasticismo que hasta entonces primaba.

Ello se corrobora con la atención que se le concede al estudio del griego. Si bien las noticias sobre su inclusión en los planes escolares de colegios privados y la primera gramática de esta lengua escrita por un cubano⁵, habían sido mis fuentes para estimar la década de treinta del siglo XIX como la fecha de introducción de su enseñanza, hoy debo matizar tal aserto y retrotraer su estudio en nuestro país, a partir del hermoso testimonio que nos ofrece José Agustín Caballero en el elogio de Nicolás Calvo y O’Farril, pronunciado el 5 de marzo de 1801 en la Sociedad Patriótica de La Habana: “Una vez le encontré estudiando como un muchacho los rudimentos de la lengua griega, y me aseguró ser aquella nueva tarea más por tener el gusto de enseñar a su hijo, que por su propia utilidad”⁶.

Si estas palabras nos alertan sobre posibilidades que implican una mayor investigación, resultan suficientes *per se* para remontar al menos hasta fines del siglo XVIII la enseñanza del griego, o más bien su aprendizaje, aunque sea en escala reducida. Ello, por cierto, no es de extrañar, sino que más bien redundaría en beneficio del interés educacional de los nacidos en esta Isla, si tenemos en cuenta que en la metrópolis, en el colegio trilingüe de San Jerónimo, de Alcalá de Henares, durante el curso de 1773-4, por ejemplo, había inscripto en griego un solo alumno⁷.

Me he detenido en la enseñanza de las lenguas porque el conocimiento de estas, especialmente del latín, como vía de acceso al mundo grecolatino, se consideraba definitorio, precisamente hasta el siglo XVIII, en que surge una nueva tendencia entre los humanistas alemanes que resta importancia al conocimiento del latín como mera erudición y coloca en primer término la lectura de las obras clásicas como elemento de formación estética, moral e intelectual, preconiza el estudio del griego y reconoce la importancia de la instrucción en la lengua materna.

³ Hacia 1523 se funda en Santiago de Cuba la escuela más antigua de que se tiene conocimiento: una *scholatria* en la Catedral, con el propósito de enseñar latín y canto llano. Fueron también estas las disciplinas a que se dedicó el primer maestro nacido en Cuba, el canónigo Miguel de Velásquez, mestizo, educado en España y sobrino del conquistador Diego Velásquez.

⁴ Sírvanos de ejemplo el “Papel sobre la mejor enseñanza de la Gramática Latina en las escuelas de La Habana”, escrito por Tomás Romay en 1794.

⁵ Miguel de Silva. *Nuevo sistema para estudiar la lengua griega*. Paris, 1839; a su vez el sabio naturalista Tranquilino Sandalio de Noda termina en 1840 en La Habana su *Gramática Griega*, lamentablemente inédita y perdida.

⁶ J. A. Caballero. Elogio del Sr. D. Nicolas Calvo y O’Farril. En:- Escritos varios. Tomo I. Ed. de la Universidad de La Habana, 1956, p. 194-5.

⁷ Cf. A. Alvar. El Colegio Trilingüe de la Universidad de Alcalá de Henares. En:- *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio*. Murcia, Universidad de Murcia, 1999, p.515-524 y cuadro Universidad de Alcalá de Henares, curso 1773-1774. Distribución de estudiantes por cursos, facultades, edad y alojamientos. En :- Peset y Peset. *La Universidad Española (siglosXVIII y XIX)*. Madrid, Taurus, 1974, p. 60-1.

Esta tendencia no se propagará en España hasta fines del XIX con don Marcelino Menéndez Pelayo y su escuela, según asegura Pedro Henríquez Ureña⁸; sin embargo, es notable la coincidencia que se detecta con la actitud asumida desde mucho antes por prestigiosas figuras de la intelectualidad cubana, forjadoras de nuestra nacionalidad, quienes, a partir de la crítica de la escolástica, introducen tendencias filosóficas e intelectuales de la época y comienzan a enseñar en la lengua materna, aunque ellos mismos disfrutaban al escribir en latín⁹. El asumir esta posición, por tanto, no implicaba el rechazo del papel de la enseñanza de la lengua latina en la educación, sino que defendían el que su aprendizaje garantizara el acceso y disfrute de las obras de la Antigüedad, tal como puede comprobarse en la documentada tesis doctoral de Amaury Carbón sobre el latín en Cuba¹⁰.

Más que lecturas o conocimiento particular de las propuestas generadas a partir de la obra de Winckelmann y otros estudiosos alemanes, pienso que es la necesidad experimentada de una educación adecuada con sus propósitos sociales, lo que impulsa a nuestra intelectualidad en el siglo XIX a buscar un acercamiento a la Antigüedad clásica, no solo para quienes sean capaces de leer sus obras en la lengua original, sino a través de traducciones, entre otras vías, no siempre tenidas en cuenta al reseñar el peso del humanismo en determinado período¹¹, pero sin las cuales, indudablemente, los clásicos grecolatinos no hubieran nunca tenido el papel fecundante, de acicate para la creación, que desde el mismo Renacimiento representaron.

Por ello, pienso que para estimar con justicia el peso del humanismo en nuestra cultura, se hace imprescindible valorar las traducciones cubanas de textos griegos y, en general, rescatar el papel de un arte tan discutido, y de los traductores, quienes muchas veces han cargado con culpas que en ocasiones los detractores o inconformes con la obra no osan atribuir al autor, como argumentara Juan Valera en su prólogo de *Dafnis y Cloe*, en defensa de Hermosilla y de paso, implícitamente, de su propia versión¹².

⁸ Pedro Henríquez Ureña en “La cultura de las humanidades”, *Obra crítica*, México, 1960, p. 603): “Las letras españolas no fueron las menos favorecidas por este renacimiento alemán; y de Alemania salieron los métodos que renovaron la erudición española, después de dos centurias de labor difícil e incoherente, cuando los introdujo el venerable don Manuel Milá y Fontanals, para que luego los propagaran don Marcelino Menéndez y Pelayo y su brillante escuela”.

⁹ Desde sus aulas el presbítero José Agustín Caballero (1762-1835) da a conocer su *Philosophia electiva*, la primera obra filosófica escrita por un cubano, donde se hacía eco de sus anhelos de reformas educacionales y de sus posiciones críticas ante el escolasticismo, al tiempo que muestra su dominio del latín. Félix Varela (1788-1853), discípulo y sucesor de Caballero en la cátedra, escribe en latín los dos primeros tomos de su obra *Instituciones de filosofía ecléctica*, al tiempo que lucha y obtiene el dictar sus lecciones en español. A José de la Luz y Caballero (1788-1862), quien sustituye en la cátedra a Varela, se le atribuye la introducción del positivismo, pero el reconocimiento mayor lo alcanzó como educador. Su aspiración a encauzar una educación acorde con los requerimientos del progreso social, no fue óbice para que se regocijara con el dominio de la lengua latina que advertía en escuelas donde se había adoptado métodos de enseñanza semejantes a los usados para las lenguas vivas, dejando a un lado la vieja gramática de Nebrija y se reforzaba la ejercitación gradual.

¹⁰ Amaury Carbón. El latín en Cuba. Tesis doctoral defendida en 1995, inédita.

¹¹ Así Fernández Galiano, refiriéndose al humanismo español en el siglo XIX, resalta lo paradójico de que “aun con medianos profesores, tan exiguos alumnados, tal carencia de libros y recursos, a la largo de nuestra literatura del XIX, por unos u otros medios va transmitiéndose hasta nuestros días” (M. Fernández Galiano. Humanismo y literatura en el siglo XIX español. En: Pérez Rioja, Fdz. Galiano, Amorós: *Humanismo español en el siglo XIX*, Madrid, 1977, p.39.

¹² J. Valera. Prólogo a *Dafnis y Cloe o Las Pastorales de Longo*. Madrid-Sevilla, 1880. Citado por Pilar Hualde, Las traducciones de Homero en los siglos XIX y XX en España e Iberoamérica. En:

El principio de la equivalencia, encerrado en la máxima latina *non verbum de verbo, sed sensum exprimere de sensu*, consagrada por los romanos al reflexionar sobre el arte de traducir, lleva en sí la polaridad en que se ha debatido hasta nuestros días la teoría de esta disciplina, a la vez que constituye la base no solo de los modernos intentos por encontrar programas digitalizados, sino de las investigaciones de base teórica que les sirvan de sustento.

Sin embargo, no menos importancia reviste en estos tiempos otra vertiente, la de la traducción creativa, considerada como un ensanche de los horizontes de las literaturas nacionales. Una historia de la literatura que no se detenga en las traducciones – se ha llegado a afirmar- debe considerarse incompleta¹³. Por ello, resulta de extraordinario interés cuando es un poeta quien asume la traducción de otro y precisamente la historia de las versiones de poemas griegos en nuestras letras se abre con la que hiciera de una anacreóntica el poeta Manuel de Zequeira (1764-1846), también redactor y director del *Papel Periódico de la Havana* (1790-1805), a quien debemos la deliciosa imagen de Orfeo tomando jugo de piña en los inicios de nuestra lírica.

Se trata de “El amor refugiado en casa de Anacreón”, la consignada como XXXIII en la colección de poemas atribuidos al lírico jonio y que tanto eco hallara, posteriormente, en José Martí y en Fina García Marruz. El propio Zequeira la califica de libre¹⁴ y, en efecto, la traducción hace honor al adjetivo, no solo por añadirle alrededor de veintitrés versos que no encuentran correspondencia en el original, sino por verter la fabulilla en sus propios modos de componer y por la forma en que acentúa, mediante adjetivos, su perspectiva personal, un tanto trágica, restándole gracia y cierto desenfado característico en el original.

Sin embargo, a pesar de las libertades, no hay razón para no aceptar el carácter de traducción que le confiere Zequeira, quien en otras ocasiones escribiera anacreónticas de su propia cosecha, aunque el objetivo, más que trasponer el original, haya sido dejar constancia de su particular interpretación del poema en un peculiar juego intertextual que ha hecho dudar a algunos si era adecuada o no la clasificación usada por el propio autor de la versión.

Si églogas y anacreónticas, citas, seudónimos y referencias tomadas del mundo grecolatino, nos hablan del gusto neoclásico de la época, no es menos cierto que la apropiación, que no desdeña sacar provecho en ocasiones de alguna infidelidad en la versión, aunque siempre en función de las expectativas e intereses que animan a los redactores del *Papel Periódico* -como ocurre con la sentencia ciceroniana que inaugura la primera entrega¹⁵-, nos hace pensar que este empeño y aun la traducción libre de Zequeira, ha de interpretarse, al igual que los reclamos de una enseñanza más apropiada y efectiva de la lengua latina y los esfuerzos por conocer el griego, como parte demostrativa de una educación y una cultura sustentadoras, en principio, de los reclamos de paridad con las provincias, y aun de reformas para la colonia que propugnan los fundadores de la *Real Sociedad Patriótica de la Havana* y de la mencionada publicación.

Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio. Murcia, Universidad de Murcia, 1999, p. 371.

¹³ Tal es el caso de Nasos Vayenás, cuyo libro *Poesía y traducción* (Atenas, 1989) es citado por Vicente Fernández en su artículo “Traducir a Cavafis: sobre el concepto de equivalencia en la traducción literaria” (*Erytheia*, no. 17, Madrid, 1996, ps. 287-311).

¹⁴ Cf. Zequeira y Rubalcava. *Poesías*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964, p. 195.

¹⁵ En el número 1 del domingo 24 de octubre de 1970 se encuentra la cita de Cicerón: *Haec scripsi non otii abundantia, sed amoris erga te*, aplicada a La Habana, a quienes los redactores consideran “nuestra patria”.

Si sobre la traducción de Zequeira se duda no solo si ha de considerarse como tal, sino si se trata de una versión directa o indirecta, en todo caso, estas incertidumbres desaparecen con las traducciones de anacreónticas y de poemas de Safo, reales o supuestos, que aparecen en la *Revista de La Habana* (1853-1857), gracias al entusiasmo de Claudio J. Vermay, (1824- 1895), hijo del pintor francés autor de los grandes lienzos del Templete y amigo de José María Heredia. Aunque nacido en La Habana, Vermay se educó en Francia donde se hizo ingeniero, pero su atracción por las letras terminó por imponerse. Enseñó griego en el colegio El Salvador, dirigido por José de la Luz y Caballero, y colaboró con traducciones, poemas propios, o con artículos, en la ya mencionada revista, fundada y dirigida por Rafael María de Mendive y José de Jesús Quintiliano García.

Aunque en esta publicación se solían presentar poemas, eran pocas las traducciones. Por ejemplo, en 1856 solo aparecen dos traducciones de Vermay¹⁶ y una de Mendive sobre un poema de Lamartine, al tiempo que se incluye un artículo de Ramón Piña titulado precisamente “Las traducciones”. En él se expone la necesidad de observar los requerimientos a los cuales debe responder este arte, tan practicado, aun en su descrédito. Postula Piña que la traducción no es el mero traspaso literal, “versión” según su decir, ni tampoco comentario o imitación, sino se trata “de trasladar a otro idioma el cuadro que contempla, con todas sus formas y su verdad y su belleza de colorido”¹⁷.

Esta también parece ser la idea de Vermay cuando hace constar su deseo de que, a través de su versión, el lector adivine la belleza del original; de ahí el que procure al lector “los ecos sonoros de Safo”¹⁸ al presentar, junto al texto en español, la transcripción del original a caracteres latinos en un intento de reproducción fonética.

Aunque las traducciones de Vermay, cinco en total¹⁹, recubren un amplio espectro, una lectura comparada, de carácter somero, pone de manifiesto una gran libertad tanto en la disposición poética como en el manejo del contenido, aun cuando el traductor modestamente señale que su principal mérito es el de ser literal; y si bien, como deseaba Piña, mantiene la forma métrica, cambia, por ejemplo, la llamada estrofa sáfica de uno de los textos por cuartetos endecasílabos. Así pues, no entiende Vermay la traducción a la manera de “versión” meramente literal, sino que busca con ella el disfrute, por parte de sus lectores, de la belleza que él percibe en el original, lo cual lo acerca a las nuevas tendencias en la consideración del humanismo.

Si a ello agregamos el número relativamente alto, en comparación, de traducciones de poemas griegos, hemos de pensar que la *Revista de La Habana* – no olvidemos que co-dirigida por Mendive- procuraba en alguna medida trasladar a sus lectores el redescubrimiento de la Grecia clásica que hiciera el siglo XIX, sobre todo a la luz de la lucha contemporánea de su pueblo por la emancipación, y que tempranamente José María Heredia plasmara en nuestras letras con su poema a la insurrección de los helenos en

¹⁶ Una anacreóntica y un poema atribuido a Safo.

¹⁷ R. Piña. Las traducciones. En:- *Revista de La Habana*, T. I, 2da serie, 1856, p. 13.

¹⁸ C.J. de Vermay. Traducción literal de Safo. En:- *Revista de La Habana*, La Habana, 1856, T. 1, 2da. serie.

¹⁹ Publicadas entre 1856 y 1857: dos de ellas, las del primer año en cuestión, anunciadas como traducciones literales, junto con la transcripción del texto griego, de una anacreóntica y de un poema atribuido a Safo; mientras que, de las otras tres publicadas en el 57, la oda sáfica es presentada simplemente como traducción en tanto las anacreónticas, una dice ser literal y la otra se acompaña con el texto griego transliterado.

1821²⁰, en el cual se entusiasmaba ante un posible hermanamiento entre Grecia y Cuba, con un común destino de libertad.

Esta opción de la *Revista* parece reafirmarse por el hecho de haberle dado cabida en sus páginas a otro poema griego en 1855; es decir, poco antes de las versiones de Vermay. La traducción, en esa ocasión, se debió a Antonio Mestre (1834-1887), más joven y con menos experiencia profesional.

Quien más tarde sería uno de los primeros médicos en dedicarse a la pediatría e introductor de las teorías darwinistas en Cuba, fundara diversas empresas científicas, fuera el primer secretario de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y colaborara con los naturalistas Felipe Poey (1799-1891) y con Juan Cristóbal Gundlach (1810-1896) para la nomenclatura científica, tenía solo veintiún años y estaba a punto de salir hacia París a fin de continuar sus estudios en la Sorbona, cuando dio a la revista su traducción de un poema atribuido a la poetisa Erina.

Si siempre se suele contar, a manera de prueba del nivel alcanzado en los estudios de la lengua griega en Cuba por aquella época, la sorpresa que ante la lectura de un poema de Safo experimentara un profesor de la afamada universidad francesa en cuyos cursos de griego matriculara el estudiante de medicina, la mayor prueba de la atracción que el joven Mestre experimentara por la literatura griega nos la proporciona esta traducción publicada con anterioridad, al tiempo que su entusiasmo suscita nuestra indulgencia ante errores históricos y de atribución en los que no parece reparar en sus palabras introductorias²¹.

El mismo Mestre nos aclara que solo ha dispuesto del texto en griego, sin posibilidad de confrontar con alguna otra versión, y que no lo han animado pretensiones poéticas, sino solo ha deseado “trasladar las mismas ideas en igual número de estrofas”²². Así pues, es dable inferir que, como en el caso de Vermay, ha sido el afán de dar a conocer y compartir con sus posibles lectores la belleza y el genio poético que en el texto vislumbra, el incentivo para publicar su versión, que él consideraba literal, pero en verdad no exenta de ciertas libertades.

Mas, esta vocación humanística no lo abandonó nunca, como habría de hacer constar su amigo, el destacado intelectual y patriota Enrique José Varona (1849-1933), quien, a su vez, en el mismo año de 1867, en que nacía una de las hijas de Antonio, Laura, se había decidido, siendo muy joven, a publicar en un libro sus traducciones e imitaciones de anacreónticas que, junto con otros poemas de Horacio y Catulo, le habían provocado un sano deseo de emulación poética, al tiempo que el alto concepto de la poesía generado en él por tales modelos le hacían comprender, al despedirse de su adolescencia, que otros eran los caminos que ante él se abrían.

²⁰ El poema de Heredia, en su primera versión y con el título “A la insurrección de Grecia en 1820”, fue publicado en La Habana en 1823.

²¹ Mestre sigue la tradición de ubicar a Erina en el siglo VI, pero quizás dándose cuenta de la imposibilidad de que por entonces conociera a Roma, habla de la guerra contra Filipo de Macedonia, al recordar quizás que Pirro, el cuñado de Filipo, sí entró en batalla con tropas romanas. En fin, aunque el joven Mestre, en lugar de subsanar errores, comete inconsecuencias quizás mayores, hay que tener en cuenta que historiadores autorizados de la época, como Pierron, cuyo libro se publicó en Madrid en 1861, si bien apunta la imposibilidad de que Erina hubiera cantado a Roma y sugiere que posiblemente el poema fuera de Melino, una poetisa también de Lesbos, pero del siglo II d.n.e, en definitiva, ante la posible acepción del término *Rome* en griego como Fuerza, opta por no pronunciarse sobre autoría y época.

²² A. Mestre. Elogio de Roma, por Erina. En: - *Revista de La Habana*, 1855, T. 4, p.199.

Como traductor, en las doce anacreónticas que vierte a nuestra lengua, el joven camagüeyano procura mantenerse fiel al original, aunque al adoptar las estrofas consagradas como propias de este tipo de composición en la métrica española, Varona, en ocasiones, se ve constreñido a soluciones no siempre tan felices como posiblemente él deseaba, a diferencia de José Martí, quien, también con dieciocho años, tradujo fragmentos de Homero, Hesíodo y anacreónticas, pero usó una prosa poética en sus versiones, posiblemente escolares, de poemas atribuidos al cantor de Teos, con indudables aciertos, pero guardadas por muchos años en sus cuadernos de apuntes y, por tanto, desconocidas por sus contemporáneos.

Veinte años después de la publicación de sus *Odas anacreónticas*, nadie mejor que Varona para hacernos notar en el elogio fúnebre de su amigo Antonio Mestre:

“De su preparación literaria, que había sido completa, sobre todo en el campo de las letras griegas y latinas, conservó el sello de cultura del que no se despojarán nunca su dicción ni sus conceptos, el gusto por la precisión y la claridad, que son a la elegancia del estilo, lo que la naturalidad a la elegancia de las maneras; mas de todo ello no hizo sino instrumento eficaz para el fin que señaló a sus aptitudes y a su ingenio, la investigación científica, el cultivo y la práctica de las ciencias”²³.

Al igual que su hermano, el filósofo José Manuel Mestre (1832-1886), tuvo Antonio un lugar destacado en la vida intelectual y cívica de la época, pero entre sus numerosas tareas siempre encontró tiempo para ocuparse de la educación de sus hijos. Se cuenta que todos los días, después de almuerzo, subía al segundo piso de la casa familiar de Jesús María 26 para personalmente ofrecerles clases y familiarizarlos con las lenguas clásicas que tanto lo marcaran en su formación cultural.

Si siguiendo la historia de estas traducciones se van develando los nexos entre figuras fundamentales en la formación de nuestra cultura y nuestra nacionalidad, al tiempo que adquirimos una idea más precisa sobre las inquietudes intelectuales en la sociedad habanera de la segunda mitad del siglo XIX, este mismo contexto adquiere significativos matices para la comprensión de la obra de Laura Mestre Hevia.

Única mujer traductora en lengua española de ambos poemas homéricos, labor que hasta mediados del siglo XX solo habían realizado otros cuatro traductores que vieran culminados sus esfuerzos con la publicación, todos ellos peninsulares²⁴; y, probablemente, en el ámbito femenino, solo antecedida en la historia por Mme. Dacier en cumplir empresa semejante, Laura contó, desde su nacimiento el 4 de abril de 1867, con circunstancias excepcionales en una época en que era opinión generalizada que el lugar de la mujer era únicamente el hogar y no necesitaba una buena educación, lo cual hasta era visto como fuente de dificultades, si tenemos en cuenta el refrán que sin miramiento auguraba un terrible final para la mujer "que sabe latín", sinónimo por entonces de una educación superior.

Recuerda la helenista en uno de sus textos manuscritos cómo fue su padre quien escogiera su nombre, quizás de manera premonitoria, nos dice con mal disimulado orgullo,

²³ Varona, Enrique J.. *Elogio al Dr. Antonio Mestre*. La Habana, Impr. de Soler, Álvarez, 1888, p. 22.

²⁴ En lengua española, hasta mediados del siglo XX solo encontramos cinco traductores de ambas obras: Juan de Lebrija Cano (s. XVI), Ignacio García Malo (s. XVIII), José Gómez de Hermsilla (s. XIX), Luis Segalá y Estalella (s. XX), y la cubana Laura Mestre.

por la inspiradora de las canciones de Petrarca; fue él quien descubrió su talento para la pintura cuando solo tenía nueve años, así como sus posibilidades como escritora, cuando al mostrarle uno de sus escritos, en el cual reflexionaba sobre las cualidades del poeta, siendo todavía una niña, asombrado el Dr. Mestre sentenció que se trataba de una disertación por la manera en que discurría en su breve escrito. E igualmente nos asegura Laura que, en su familia, era una cuestión resuelta la igualdad de la mujer y su acceso a la educación superior, de manera que no se tenía el matrimonio como único objetivo y ella pudo optar por su propio cultivo intelectual y espiritual.

Del mismo modo, cuando evoca los días de su infancia y adolescencia, junto con los recuerdos de solaz y recreo en la finca de Güira de Melena, que siempre conservó, anota el contraste con aquellos de estudio y labor que no sin agrado llenaban su vida en la ciudad, al tiempo que nos ofrece una clara imagen del ambiente ilustrado de su hogar y de sus propias inquietudes. A los dieciséis años, como ella misma hace constar, leía autores tales como Huxley, Darwin, Spencer, Haeckel, Molleschott y Büchner, de manera que orgulloso su padre comentara alguna vez con su amigo el Dr. Carlos J. Finlay (1833-1915) que su hija no se amedrentaba ante ningún libro; lecturas con las que procuraba, según ella afirma, afianzar su propia interpretación del mundo.

Con esta sólida formación científica, con sus aptitudes y con un asentado criterio personal, hizo un temprano debut en el ambiente cultural habanero al publicar, a los dieciocho años, la traducción que hiciera, junto con su hermana Fidelia, de una novela francesa²⁵, en el ya semanario *La Habana Elegante* -revista que precisamente en 1885 agruparía en su torno a buena parte de la joven intelectualidad cubana-.

Preterida en sus aspiraciones a la plaza de directora del colegio Heredia, después de unos brillantes ejercicios de oposición, debido a las influencias políticas de su contrincante y también por ser mujer; muy quebrantada ante los frustrantes resultados de su único intento de incorporarse al mundo académico, fuera de las bien protegidas paredes de su casona familiar y del ambiente de igualdad ante el saber y el cultivo del espíritu en que su padre la había criado, nunca más vuelve a abandonar aquellos dominios donde se sentía segura y a salvo de mezquindades. La decepción y la amargura que este fiasco le dejó, se hacen patentes en algunos de sus comentarios sobre el medio ambiente cubano, en el cual las personas educadas y discretas se hallan en un plano de inferioridad, según su opinión.

Si el humanismo clásico había presidido la enseñanza que recibiera de su padre, si ya desde antes había sentido afición por los estudios latinos y helénicos, se refugia ahora en su cultivo y este nuevo acercamiento y lectura cuidadosa, valiéndose de la traducción y el análisis en busca de disfrute y comprensión cabal, le hacen confirmar, primero en los latinos y luego, con mayor profundidad y belleza, en los griegos, el ideal de realización intelectual y moral con el que se identifica.

La conjunción de fantasía y espíritu positivo que advierte en la Grecia clásica y que tan bien se aviene con su propia formación, la entusiasman, de tal modo que toma como paradigmáticos el arte, la literatura y la filosofía de los griegos, en cuanto ostentan valores

²⁵ Se trata de *La sombra*, firmada por M. A. Gennevraye -seudónimo de Madame Adele Janvier, Vizcondesa de Lepic-Janvier de la Motte-, hoy olvidada; pero que entonces, recién publicada, constituía todo una novedad.

y cualidades que, según su modo de pensar, han de estar presentes en la educación de los jóvenes.

Llegará a proponer que se rechace “la cosmogonía hebraica, que pugna con la ciencia” y sean la *Ilíada* y la *Odisea* los libros que se den a la juventud, a fin de que esta se eduque en los ideales de verdad y saber, honradez y valor propendidos por la cultura griega; para concluir, en el escrito que titula “Imitemos a Grecia”, con la exhortación a “estudiar la obra de los sabios de nuestra edad, sucesores de los griegos y renacentistas, y procuremos las ideas y descubrimientos en un radio cada vez mayor, hasta comprender a toda la humanidad”.

Los veinticinco años en que se dedicó en silencio al estudio y a su labor como escritora y traductora, junto con la imposibilidad de datar con acierto la mayor parte de su papelería, nos impide conocer el momento exacto en que escribió cada una de sus obras, cada una de sus anotaciones, muchas en distintas ocasiones reformuladas, otras que conservan tachaduras y rectificaciones. Pero no podemos menos que pensar que es, precisamente, en los catorce años que separan su última publicación de la fecha de su muerte, cuando, al reafirmar su opción como “mujer de cerebro”, acota su único deseo pendiente: el “poder publicar mis traducciones de la *Ilíada* y la *Odisea*”.

El esfuerzo, sin par en la historia de la traducción en Cuba y también en Hispanoamérica²⁶, de ofrecer su propia versión de ambos poemas homéricos, de manera íntegra, responde, indudablemente, a su ideal para la formación de la juventud y su valoración de los textos atribuidos a Homero.

En una de sus disertaciones manuscritas asienta que en estos poemas “se siente la fragancia del amanecer del mundo, de la primavera del universo”. Palabras que inmediatamente nos hacen recodar aquellas de José Martí, cuando anotaba: “no hay goce como el de leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos a las mañanas del mundo” (1963: 13, 403). Feliz coincidencia, puesto que Laura Mestre no menciona en sus escritos la obra martiana, que se comenzó a publicar en Cuba ya comenzado el siglo XX, mientras que parte de ella, como los *Cuadernos de apuntes*, solo vieron la luz en fecha posterior a la muerte de la helenista, ocurrida en 1944.

Continúa Mestre en la referida disertación exponiendo aspectos que considera esenciales al enfrentar la traducción de los textos homéricos: en primer lugar, el no alterar su estilo; para inmediatamente exhortar: “no seamos traidores sino intérpretes de la verdad, a veces desnuda, a veces trágica de su lenguaje; pero también revelemos la infinita poesía de sus cantos”. No obstante, está bien consciente de las dificultades de su propuesta: “Traducir del griego al castellano”, nos dice, “es copiar en yeso una obra en mármol”, y apunta como principales escollos el hecho de que un término griego puede encerrar varias ideas; las formas, mediante el uso de conjunciones o la puntuación, en que la lengua griega matiza la expresión; pero sobre todo los epítetos homéricos, puesto que, según expresa, “el sustituirlos con una palabra es omitir ideas y el explicarlos con una frase, es perder la concisión y sencillez del estilo.”

Para que el lector se dé cuenta cabal del problema recuerda que en nuestra lengua existe lo que llama “el barrio griego”, voces técnicas de ciencias y de artes industriales, cuyo

²⁶ En Hispanoamérica, en México, el jesuita Francisco Xavier Alegre, en el siglo XVIII, hizo la traducción de la *Ilíada* al latín y en Chile el sacerdote Jünemann publicó su versión de esta misma obra en 1902. También tradujo fragmentos de los cantos V, VI y VIII de la *Odisea*, pero no tenemos noticias de que alguien haya traducido ambos poemas íntegros.

sentido comprende varias ideas expresadas sintéticamente; y, por último, hace referencia al hipérbaton que impera en los textos clásicos, muy superior al admitido por la lengua española, puesto que en ellos “un simple final de voz, o una palabra a la terminación de un periodo, dan la clave del sentido”.

Al acercarnos a la versión de Laura Mestre de los poemas homéricos, sentimos que no solo ha tenido siempre en mente los presupuestos por ella misma expuestos, sino al posible lector en cuya formación desea obrar. Procura con sencillez y elegancia, muy a tono con su ideal de estilo, plasmar la belleza del texto homérico, sin olvidar los requerimientos de la lengua española, y, a diferencia de sus predecesores y lo estipulado por Piña en su artículo, no trata de conservar la métrica, sino que prefiere la prosa.

A Laura Mestre, en su traducción, no le interesa mantener la sensación de artificio ni cierto matiz de arcaísmo que la lengua de los poemas ostenta aún para el público que se deleitaba con ellos en boca de los aedos, sino que subraya el frescor de los poemas y el paradigma de valores en que se debía formar la juventud; de ahí que sin traicionar su apreciación de las obras homéricas y el espíritu que las anima, guardando la sencilla elegancia y belleza del texto, usara un lenguaje más cercano al del posible lector, el cual, sin necesidad de otros auxilios filológicos, podría disfrutar y captar adecuadamente el sentido del texto.

Desea, indudablemente, trasladar al lector la sensación que ella misma experimenta: “diríase que el poeta”, afirma Laura, “narrador de cosas pasadas, piensa y siente con nosotros”. E, indudablemente, se compenetra tanto con su modelo, que en una narración propia, “Helena”, crea un pretendido pasaje de la *Odisea*, con lenguaje semejante al de sus traducciones, pero no sin ánimo transgresor, puesto que se sirve de Helena y Hermione para demostrar a dónde conducen los matrimonios impuestos y el sometimiento de la mujer, sin posibilidad de optar y de realización personal. De esta manera práctica, nos muestra Laura Mestre que su amor por los clásicos no se ha de entender como mero culto a reliquias pasadas, sino por su vigencia en función de la interpretación y plasmación del presente.

Pero, por singular que sea, ya de por sí en la historia de la cultura humanística, contar en el cruce de los siglos XIX y XX con una mujer capaz de asumir posiciones propias en su acercamiento a los clásicos y traducir a Homero para propiciar, como querían los humanistas alemanes, un paradigma de formación ética, estética e intelectual, Laura Mestre suma a estos méritos el ser una de los pocos que en su época tradujeron a Píndaro, poeta siempre tan reputado, pero de tan difícil lectura e interpretación aun para experimentados filólogos contemporáneos.

Ello sorprende en la medida en que si bien la obra de la humanista es generalmente desconocida, al menos entre los pocos que la mencionan, siempre se resalta su labor como traductora de Homero, por haberla dado a conocer en la revista universitaria en alguna medida, por los elogios de Segalá o por su propia insistencia. Es cierto que las traducciones de Píndaro no forman una unidad por sí mismas, sino que están insertas en uno de sus ensayos, pero, una vez que sabemos sobre su asiduo estudio de griegos y latinos en su lengua original, el hecho de que no haga referencia a posibles traductores y el que distinga con comillas entre los textos traducidos y las paráfrasis, además de lo amplio de los fragmentos de treinta y seis epinicios y el hecho de que presente cuatro poemas traducidos en su totalidad, hace que su autoría de la versión no nos ofrezca dudas.

Píndaro ha sido un autor cuyo nombre se acostumbra a mencionar como cumbre de la poesía coral o, más bien, a partir de la oda horaciana, como uno de los modos de enfrentar la creación poética. Sinónimo de alto vuelo, de turbulencia y espontánea ebullición, se suele

oponer, retomando la imagen de Horacio, al trabajo de la callada abeja que el romano elige como emblema de su actitud y de su obra. Sin embargo, la poesía de Píndaro, ya en el siglo V ateniense, deviene un nostálgico monumento a un tipo de vida que se extinguía. Por ello, junto con la riqueza de su métrica y los cánones de composición tan alejados de nuestra costumbre, por su desarrollo basado en la asociación, sus inicios espléndidos y sus lánguidos finales, la composición anular y, sobre todo, la primacía de la emoción estética, la lectura y la traducción de los epinicios no es frecuente y solo en los últimos decenios se han producido nuevos acercamientos, a la luz de una sensibilidad distinta.

En la época en que Laura Mestre hace sus versiones de Píndaro solo se contaba con dos traducciones de sus epinicios en lengua española y ninguna gozaba de muy buena reputación. Pienso que Mestre le concede tanta importancia al poeta tebano porque reparaba en él como portador de valores continuadores, en buena medida, de los que distinguía en Homero, para la formación de los jóvenes. Junto a la belleza, ella misma se encarga de subrayar cómo el nombre del poeta coral está unido a las manifestaciones de patriotismo y cultura encerrados en los certámenes helénicos que glorificara, al tiempo que subraya el elemento moral como uno de sus rasgos más valiosos, el cual lo acerca a los filósofos, según su opinión.

Al tratarse de fragmentos insertos en un comentario destinado a suscitar el aprecio adecuado de los poemas presentados, Mestre ha de hacer uso de la selección, de la variedad y de la síntesis. Sin embargo, no solo no vacila en ofrecer una buena muestra, sino que sorteja con acierto muchas de las dificultades que ofrece la traducción del estilo pindárico, el cual tiene en el sustantivo su centro de irradiación. Hace la traductora buen uso de los recursos de omisión y transforma, más que modificar palabras o apelar a la adición. Antepone, por tanto, a una literalidad imposible en nuestra lengua, el traslado al lector del sentido y el efecto propio de esta poesía, sin perder elegancia y cierta naturalidad en el uso de la lengua española.

También nos brinda la traducción de algunos poemas de Safo; el de Erina, a quien, posiblemente en honor a su padre, sigue considerando discípula de esta, así como varias anacreónticas, consciente, a diferencia de sus antecesores, de que son imitaciones de la obra del poeta jonio, y no de su autoría. Pero ni siquiera con las anacreónticas se siente tentada a usar fórmulas métricas. Por ello, si bien coincide con Piña y con los traductores que la precedieron en procurar una versión fiel, pero sobre todo capaz de trasladar el efecto que produce en el lector el poema original, no siente la necesidad de usar metros propios de la poesía española, siempre ajenos a los principios de la versificación helénica, en coincidencia, sin saberlo, con la experiencia martiana y con las ideas expresadas por Henríquez Ureña en el prólogo de su única pieza teatral, *El nacimiento de Dionisos*.

Es el conjunto de valores que Martí encerraría en su concepto de “lo griego”, sustento de una formación adecuada para las nuevas generaciones, el que preside la selección y manera de traducir de Mestre. Concuerda con los humanistas alemanes, pero los rebasa en la medida en que está consciente de que la cultura de las humanidades ha de mirar a nuestro tiempo y abrirse a otras lenguas y literaturas, a nuevos conocimientos y modos de entender la realidad, como demuestra en sus escritos o aún en sus traducciones, pues es ella quien por primera vez publica en su libro *Estudios griegos* versiones de los cantos populares de la Grecia moderna.

Traductora no solo de Homero, sino de otros autores antiguos y modernos; autora de propuestas para apreciar y comprender las distintas manifestaciones literarias; capaz de interesantes juicios sobre nuestra literatura y de opiniones en que se adelantaba a sus

tiempos; preocupada por problemas lingüísticos y aficionada a las artes plásticas, sobre las que también escribió un libro; conocedora de las teorías científicas y no ajena del todo a los problemas de su entorno; escritora ella misma de “historietas” y “noveletas”, como las llamara; Laura Mestre fue, más que una traductora o una helenista, una verdadera humanista en la amplia acepción del término, aunque su marcado afán en dar a conocer las obras homéricas y su ingente esfuerzo como traductora de estas, nos haga principalmente evocarla en este aspecto de su tesonera y callada labor.

Aunque su vida transcurre entre dos siglos y contamos con muy pocos datos certeros, en sus disertaciones, en sus narraciones y aun en el hecho de que, a pesar de mostrarse buena conocedora de varias literaturas y en especial de la cubana, no mencione nunca ningún autor que trascienda los primeros años del siglo XX, sentimos que ella misma se confinó en el tiempo, como hiciera con su heterónimo a quien hace morir a fines del XIX y a quien alguna vez creó para responder de buena parte de su obra personal²⁷.

Quedó, por tanto, atrapada entre su voluntad y su inteligencia, su retraimiento apasionado y su afán de contribuir a la cultura de su patria, entre su carácter y su cultura, sus prejuicios y su humanismo. Cual el viejo motivo de Hércules en la encrucijada, creyó conscientemente optar y se “inventa” no ya su destino sino a sí misma, refugiada en su soledad y en su trabajo, de modo que deviene, sin desearlo, emblema de las contradicciones y obstáculos en que se debatían las mujeres, aun aquellas que, como ella, se ilusionaban pensando que con su obrar se habían colocado por encima de las luchas y limitaciones que lastraban a sus congéneres y sobre las cuales pretendía abogar.

La historia nos brinda el nombre de otros cubanos helenistas, traductores, humanistas, aun de alguno que escribiera una oda en griego²⁸, pero no podemos dejar de pensar que, a los ciento cuarenta años de su nacimiento, Laura Mestre fue ella misma un buen ejemplo de cómo el humanismo, de base grecolatina, se renueva en suelo propicio, imagen que, con su apoyo homérico, alguna vez usara, al tiempo que nos hace comprender mejor el papel de los clásicos en la cultura cubana y la proyección humanística de nuestra intelectualidad decimonónica.

Así pues, estudiosa de vasto saber, escritora de diáfana elegancia, pintora, anticlerical, defensora de la independencia y dignidad de la mujer; en fin, eminente humanista, la personalidad de Laura Mestre Hevia se destaca, aun desde su retiro y soledad. Sería, por tanto, un deber y una honra hacer públicas sus traducciones de los poemas homéricos, como tanto deseara, y que su nombre ocupe el lugar que le corresponde en la historia de los estudios clásicos, de las traducciones y en nuestra cultura.

²⁷ En una carpeta, al que otras veces mencionara como *El libro de las disertaciones*, donde agrupa una serie de escritos en que da rienda suelta a recuerdos, reflexiones, opiniones, aún versos, le confiere el título de *Morbidezza* y en el prefacio atribuye el texto a su *alter ego*, la Condesa de San Lorenzo, a quien, muerta en Trieste en 1899, una entrañable amiga anónima rinde tributo con la publicación de sus escritos.

²⁸ El poema en cuestión, “Ante la tumba de Colón”, fue publicado en 1892 en la *Corona poética que a la eterna memoria del gran Cristóbal Colón ofrecen en el IV Centenario del descubrimiento de América los alumnos del Real Colegio de Belén* (Habana, Imprenta y Papelería “La Universal”, de Ruiz y Hermano, Calle de San Ignacio 15, 1892, pp. 66-67) y que Amaury Carbón considera obra del sacerdote Eustaquio Urrea en su artículo “Una oda en griego escrita en Cuba”, recogido en el libro *Diálogo y transgresión*, compilado por la autora y de próxima aparición por la Editorial Arte y Literatura.